



“NOS QUIEREN COMO MUSAS PORQUE NOS TEMEN COMO ARTISTAS”. HISTORIA DEL ARTE Y GÉNERO

María Luz Tegiacchi.

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Artes. Instituto de investigación en Producción y Enseñanza del Arte Argentino y Latinoamericano

Resumen

El presente trabajo se enmarca en el proyecto de Investigación y Desarrollo “Fundamentos estéticos” y su inclusión en los Planes de Estudio de las carreras universitarias de Artes.

Nuestro aporte se orienta a repensar el rol de las mujeres en la Historia del Arte.

Proponemos, a modo de disparador para la reflexión, el abordaje de una de las consignas feministas que reza “Nos quieren como musas porque nos temen como artistas”.

Las musas ni siquiera forman parte del cuadro de componentes institucionales que configura el universo de las artes: obra, artista, público, crítica de arte.

En la mitología griega las musas son las divinidades inspiradoras de las artes. Hijas mujeres de Zeus y Mnemósine que bajaban a la tierra a susurrar ideas inspiradoras a todos aquellos hombres que las invocaran.

En el marco de la problematización acerca de los cruces posibles entre arte y feminismo y examinando los fundamentos y métodos a partir de los cuales se genera conocimiento, particularmente a partir del arte como dispositivo portador de un valioso potencial epistemológico, este trabajo pretende reflexionar sobre las características del lugar que ocupó la mujer en esas manifestaciones a lo largo de la historia.

Palabras clave

Historia- Arte- Mujeres- Afro- Patriarcado

Introducción

Este no es un trabajo sobre la historia de las mujeres. Es un trabajo sobre la historia.

El gran problema es que la versión oficial de la historia que conocemos y que asumimos como verdadera y universal es la historia de los varones. “La historia del hombre”.



La única pretensión de este estudio es la de completar esos espacios que han quedado vacíos y ponerle nombre a las omisiones que se han hecho en la versión de la historia que observamos.

La categoría de arte, históricamente, aparece como indivisible de las nociones de artista y de espectador o espectadora.

Desde la modernidad y en adelante, existe cierto consenso que oscila entre la idea de concebir a la realidad como algo con entidad propia e independiente de las personas que la observan, a ubicar luego a las personas en el centro de la escena y privilegiar la relación dialéctica que las vincula con el entorno.

Actualmente les artistas son productores que realizan proyectos -y quien realiza la obra misma puede no ser artista-, pero estas actividades no ocurren por fuera del sistema cisheteropatriarcal que las enmarca.

Artistas

Existe una importante cantidad de artistas mujeres que han sido reconocidas y validadas por la academia, con una importante producción tanto en términos cualitativos como cuantitativos, que además -sobre todo con los avances tecnológicos de las últimas décadas- su obra está al alcance de casi todos, pero que pese a esto siguen sin aparecer en la versión oficial de la historia del arte.

Y ni hablar de grandes artistas negras, en las que recae toda la fuerza interseccional de esta doble opresión - por ser mujeres y por estar racializadas-.

Habitamos un mundo binario en el que todas las cosas parecieran ordenarse por pares y reducir las opciones a dos.

Para intentar comprender la gestación de este mundo binario es necesario remontarnos a la arqueología de las ideas feministas.

Delimitemos la diferencia entre el pensamiento feminista - que por supuesto que no se inició con el sufragismo- y el movimiento político que de allí se desprende y que ha tenido un impacto en cuestiones sociales y políticas concretas.

Para intentar dar cuenta de este mundo binario es necesario remontarnos al origen de la humanidad y pensar en cómo se ha distribuido el trabajo en relación a la división sexual.

La división sexual del trabajo a principios del Neolítico era igual para varones y mujeres. Ambos sexos realizaban idénticas actividades productivas. Pero con el transcurso del tiempo esto cambió. Con el sedentarismo, la proto agricultura y el excedente en la producción también se empieza a entender que para que un grupo sobreviva se necesita que ese grupo sea numeroso.

En relación a la explicación sobre el origen del patriarcado la ciencia -como uno de los espacios de legitimidad privilegiados en la modernidad occidental-, por supuesto, también ha tenido un enfoque androcentrista y heteronormativo.

El mito del hombre cazador sostiene la hipótesis de que la evolución humana fue impulsada y estimulada principalmente por la actividad -a cargo de los varones- de cazar animales rápidos y grandes.

Sin embargo, cada vez hay más hallazgos que señalan que los roles femeninos y los masculinos en la antigüedad fueron mucho más mixtos de lo que imaginamos. E incluso existen investigaciones que sugieren que las primeras mujeres de América fueron cazadoras de grandes presas.



Tampoco es cierto que las armas o el fuego fueran los recursos más importantes a controlar en favor de la supervivencia de determinado grupo.

Las tribus que más sobrevivían eran las que tenían más soldados. Por eso la fuerza reproductiva de las mujeres es central para entender la dominación patriarcal. La historia de la humanidad es una historia que tiene que ver con parir guerreros, luego esclavos, luego trabajadores.

Pero el problema no es que haya una división sexual del trabajo. Efectivamente mujeres y varones somos diferentes y no está mal que realicemos tareas diferentes. El problema es que esto genere una jerarquización de los cuerpos. Las mujeres estamos en situación de subalternidad. Y los varones quedan en un lugar de privilegio con respecto a las mujeres.

En el imaginario social la mujer aparece asociada al mundo de lo natural. La mujer es la que menstrúa, da la vida -y también puede dar la muerte, si no se ocupa de los cuidados necesarios para la preservación de la vida-.

Esto va a constituir un estereotipo que nos acompaña hasta el día de hoy.

Es a partir de este estereotipo de género que relaciona a las mujeres con el mundo de lo natural, de lo animal, de lo intuitivo, de lo emocional, de lo inferior, que se va a gestar la idea del hombre asociado a la cultura, a lo humano, lo racional, lo superior. Y acá se les da a los varones el monopolio de la fuerza -material como simbólica-. Y las mujeres nos posicionamos como el sexo débil.

Este modo de concebir la historia en general, y la historia del arte en particular, de exaltar a algunos de sus protagonistas y de omitir a otras, ignorando sistemáticamente su trabajo y sus aportes, hunde sus raíces en la concepción misma de un sistema androcéntrico casi tan antiguo como la humanidad.

En este sentido quisiéramos recuperar la obra de Dalila William Pierce, que fue una pintora, curadora y educadora estadounidense, de ascendencia afroamericana (1904-1992). Esta autora es dueña de un estilo que alterna entre lo figurativo y lo abstracto. Luchó incansablemente para lograr equidad en los derechos económicos y civiles de las personas y trabajó intensamente con el objetivo de crear una narrativa para el arte afroamericano.

Musas

Si existen características comunes a todas las musas, todas ellas son buenas, bellas y jóvenes.

Vayamos por partes.

Las mujeres, en este mundo patriarcal y binario, nos dividimos entre buenas o malas.

La buena mujer es aquella para la que los cuidados de les otros constituye el eje alrededor del cual orbita su propia vida -en un sistema que privilegia la familia heterosexual y monógama, el marido, les hijes, y les miembros de esa familia que sean ancianos o con alguna discapacidad, pero también, actualmente, cualquier trabajo que implique el cuidado de otros, maestras, enfermeras, empleadas domésticas, etc- La que además relega su vida laboral, su sexualidad y sus otros vínculos afectivos porque entiende que estas son cuestiones menores que están siempre supeditadas a la familia. Además es calladita, siempre sonríe y hace lo que sea necesario por ajustarse a los mandatos de belleza hegemónicos.



En el polo opuesto está la mujer mala. Podemos rastrear desde la mitología griega como la mujer aparece siempre como un ser maligno cuya existencia se orienta a complicarle la vida a los varones -mito de Pandora, Lilith, Eva, las sirenas, medusa, y una larga lista de etc. - y por supuesto como un mal necesario para reproducirse y para asegurar los cuidados imprescindibles que garanticen la continuidad de la vida.

Históricamente las mujeres que han querido acceder al conocimiento, las mujeres que se constituyeron como sujeto de deseo, han sido mujeres malas. Y esto es así porque las mujeres sostenemos el mundo de los hombres y si nos salimos de esta posición dejamos de ser funcionales a este mundo patriarcal y heteronormado y somos castigadas por eso.

En cuanto a la belleza, los ideales que la determinan no son universales, absolutos ni invariables, sino que han estado sujetos a condicionantes históricos y culturales. Sin embargo una característica predominante en la belleza canónica, actual pero también del pasado, y que se ha repetido en diferentes puntos geográficos, es que ha sido profundamente racista.

Las mujeres no blancas -indígenas, afro, árabes, asiáticas- han estado excluidas del canon de belleza. Su cuerpo, su piel, su cabello, su rostro, sus facciones, no se adecuan al patrón de belleza hegemónico. Por supuesto que la industria cosmética y la tecnología facilitarán distintos artilugios para enmendar esta situación. Y obviamente el patriarcado premiará aquellas que hayan sido capaces de adecuarse a los estándares hegemónicos. Entonces ahora habrá un puñado de mujeres negras, asiáticas, árabes, o indígenas incorporadas con éxito a la industria de la moda o del arte. A pesar de esto, el canon de belleza imperante sigue estando muy lejos de aceptar la diversidad racial y étnica.

Los únicos lugares del cuerpo donde el pelo nos está permitido es en las cejas, las pestañas y la cabeza. Este último debe ser largo o en su defecto con algún corte muy prolijo y cuidado. Debemos lucir jóvenes, sin canas ni arrugas. Ser flacas pero no demasiado. Y si aún así no logramos el efecto saludable deseado, el maquillaje se ocupará de corregir estas imperfecciones. También es importante que seamos altas y para eso existen zapatos de taco y ejercicios para corregir la postura.

Pero todo esto no es más que una trampa.

Mientras una mujer es joven será desacreditada invariablemente por no tener experiencia. Si luego envejece y lo muestra será criticada, pero si intenta disimularlo mediante ropa, maquillaje, si se somete a procesos quirúrgicos o hace uso de cualquiera de los artilugios que el patriarcado impone para evitar que se note el paso del tiempo en su cuerpo, se convertirá en objeto de burla. Si no nos acomodamos a los cánones de belleza impuestos seremos ignoradas, pero si nos acomodamos seremos culpadas y señaladas como tontas y superficiales. Si nos dedicamos al cuidado de los otros resulta imposible nuestro crecimiento profesional, el desarrollo de nuestras carreras o el ascenso en nuestros lugares de trabajo, pero si desatendemos las cuestiones que nuestro rol nos impone el castigo social será despiadado -además de aleccionador para las otras-.

Y así vamos por la vida callando nuestras opiniones, sonriendo ante comentarios que no tienen la menor gracia, gastando una fortuna en productos de belleza, invirtiendo mucho tiempo y energía en agradar, sometiéndonos a procesos dolorosos y que muchas veces ponen en riesgo nuestra salud y persiguiendo la aprobación ajena. Mientras permitimos que se interrumpa, se menosprecie, se desconfie sistemáticamente y se silencie a las mujeres que han hecho historia, para



convencernos de que nuestro valor reside en nuestro cuerpo y en cómo este se ajusta al canon de belleza hegemónico y no en el alcance de nuestra voz.

Consideraciones finales

El pensamiento feminista desde hace 4000 años se orienta a cuestionar los estereotipos impuestos por el mundo patriarcal y a argumentar y sostener la postura según la cual las mujeres somos personas, y por tanto nuestro cuerpo, nuestra inteligencia, nuestra afectividad, nuestro trabajo y todo lo relativo a nuestro desempeño social tiene el mismo valor e importancia que el de los varones.

Y por eso aunque existen mujeres artistas, filósofas y científicas que han hecho grandes aportes al campo disciplinar en el que trabajaron, sus nombres no aparecen mencionados en la mayoría de los libros -salvo que se trate de bibliografía feminista- y no son de tan fácil acceso como los de los varones -la escritora de la primera novela de ciencia ficción, Margaret Cavendish; la autora de la primera película de ficción, Alice Guy; la bióloga, Amalia Dutra; la médica, Zilda Arns; la piloto de guerra chilena, Margoth Duhalde; la filósofa, Flora Tristán; por citar solo algunos ejemplos-. Por supuesto que todas ellas han sido sistemáticamente silenciadas.

Hay muchas maneras de silenciar a alguien. Una de ellas tiene que ver con convencer a ese alguien de que lo que tiene que decir no es tan importante. Y si esta persona insiste en hablar entonces desacreditarla, menospreciarla, interrumpirla permanentemente, ridiculizarla, ignorarla.

No es fácil ser genial relegada al espacio doméstico y cumpliendo con los mandatos de tener hijos y cuidar de la casa y la familia.

Y esto no es una guerra de unas contra otros, ni hay algo así como un culpable. Lo que sí hay son personas que se benefician de esta desigualdad y que generan toda una serie de creencias y de conductas en favor de seguir manteniendo su poder.

Nosotras también somos producto de este mundo. Recibimos una educación patriarcal, la aprendimos y la reproducimos. Para nosotras también la sospecha moral recae siempre sobre las otras mujeres. Aprendimos a sospechar de la veracidad de lo que dicen y a dudar de que ocupen determinados espacios por sus capacidades. Tenemos la vara muy alta para juzgar a las otras, las miramos con lupa y nos sorprendemos porque hizo tal o cuál cosa siendo mujer. Oscilamos entre víctimas y verdugos. Padecemos el síndrome de la impostora, culpabilizamos a las otras, dudamos de nuestro criterio y cuestionamos nuestras capacidades permanentemente.

Conocemos la obra de cantidad de mujeres artistas cuyo trabajo está a la altura de cualquiera de los varones que estudiamos y que sin embargo no son conocidas.

Los motivos por los cuáles estamos ante esta situación son muy complejos y además se fueron solidificando a través de los años.

Sin embargo, ya en el siglo XXI, estaría muy bien visibilizar el trabajo de tantas mujeres que ha sido ignorado a lo largo de la historia. Porque incorporar estos temas en nuestro estudio también es una forma de ampliar nuestra perspectiva y de poder abordar la historia de un modo más inclusivo y también, por que no, más cuestionador, más crítico y menos ingenuo.

Referencias Bibliográficas

- Femenías, María Luisa (2019) *Ellas lo pensaron antes*, Ediciones Lea, Buenos Aires.
- Flavia Frigeri (2019) *Mujeres Artistas*, Edit. Blume, Londres.
- Freijo, María Florencia (2020) *(Mal) Educadas*, Edit. Planeta, Buenos Aires.
- Gerda Lerner, Mònica (1990) *La creación del patriarcado*, Tusell Editores, Barcelona
- Giunta, Andrea (2018) *Feminismo y Arte Latinoamericano*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Gombrich, Ernst (1999) *La historia del arte* Edit. Sudamericana, Buenos Aires.
- Jimenez, José (2006). *Teoría del arte*, Madrid, España: Tecnos, 3º reimpresión
- Pineda, Esther (2020) *Bellas para morir*, Edit. Prometeo, Buenos Aires.
- Susie Hodge (2020) *Breve historia de las mujeres artistas*, Edit. Blume, Londres.
- Vengas, Lola; Reverte, Isabel; Venegas, Margó (2019) *La guerra más larga de la historia, 4000 años de violencia contra las mujeres*, Edit. Planeta, Buenos Aires.

13 al 16 septiembre de 2022

10° Jornadas de Investigación en Disciplinas Artísticas y Projectuales:
Trayectos, Reflexiones y Experiencias (JIDAP)

ISBN 978-950-34-2166-6

SECRETARÍA
DE CIENCIA Y TÉCNICA

FACULTAD
DE ARTES

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



Donde se encuentran el Nilo Azul y el Nilo blanco, 1953

13 al 16 septiembre de 2022

10° Jornadas de Investigación en Disciplinas Artísticas y Projectuales:
Trayectos, Reflexiones y Experiencias (JIDAP)

ISBN 978-950-34-2166-6

SECRETARÍA
DE CIENCIA Y TÉCNICA

FACULTAD
DE ARTES

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA



Oro flotante con borde blanco, 1958



Violonchelista, 1957